

Pablo García

Derrotero y destino de Domingo Melfi



DOMINGO MELFI fué un artista en el cabal sentido de la palabra. Como escritor era dueño de un estilo elegante, parco, asordinado. No amaba la frase sonora ni el párrafo correntoso. Su predilección estaba por los matices.

Adivinamos el entusiasmo y la pasión que sentía por todo lo que se relacionara con las letras y las artes, pero sus impulsos eran fuertemente controlado por un espíritu predispuesto más bien a la medida, lo cual le impedía rebasar esas fronteras tras cuyos horizontes el corazón grita su verdad, en desmedro de la parsimonia y elegancia, que tan gratas eran al ánimo del escritor.

Poseía un temperamento refinado y su exquisito don de gentes buscaba no herir a quienes discordaran de su manera de sentir y entender el arte. De ahí que las hermosas páginas que escribiera, contuvieran más bien suaves insinuaciones que reproches directos. Era un escritor que consideraba cumplida su misión cuando conseguía que —vibrando en el espíritu del lector— el tema tratado obligara a mayores reflexiones.

Y, sin embargo, su posición estética era firme y definida. A su lección de elegante señorío hay que agregar la tenacidad con que

instó a los escritores a calar hondo en el drama social de su tiempo. Era un fervoroso patriota, entendiendo como tal a quien busca decir, por sobre todas las cosas, la verdad. A ese que, sin miedo, pero también sin afanes demagógicos, denuncia el vicio, los errores, las lacras sociales y todo cuanto tiende a empequeñecer y desvirtuar las virtudes ciudadanas que son los pilares en los cuales se fundamenta la grandeza de los pueblos.

Aún cuando por su concepción del arte y de la responsabilidad del escritor, hubiera debido ocupar un lugar destacado entre los políticos de su generación, prefirió la cátedra del maestro a la tribuna del agitador y las reposadas páginas del libro a la improvisación del orador callejero.

Y, sin embargo, pocos como él comprendieron al pueblo y acaso la gran tragedia de su vida haya consistido en haber sido demasiado artista y sobre manera honrado, en una hora en que la desvergüenza, la demagogia y la estolidez impusieron sus propias dimensiones. Pocos alcanzaron a calibrar en tan justa medida la decadencia de nuestros más preciados patrimonios morales y acaso nadie haya sufrido más el dolor de comprender que en esa hora no hacíamos sino empezar cuesta abajo, el espantoso declive que nos está llevando a los más hondos abismos del fracaso y la descomposición social.

Guiado por su certera intuición, tenía la medida exacta, el detalle preciso, el diagnóstico definitivo de los males que aquejan a nuestro país. Pero no orientó su vida hacia los quehaceres políticos ni incidieron en ellos sus afanes de hombre superior, sin duda porque la modestia que adornaba su carácter, impedía que brillaran para el populacho sus prendas morales y la ponderación de su carácter reflexivo y ecuánime.

Fué el hombre que transitó por la vida con una inmaculada tranquilidad de espíritu y a quien jamás alteraron su serenidad interior ni las flaquezas humanas ni las bajas ambiciones que tan a menudo destruyen los más sublimes ideales.

A veces creemos percibir en su espíritu las huellas de una decepción y a lo que parece, fué en cierta manera un desencantado en cuyo ánimo trabajaba un blando escepticismo.

Tal vez de ahí derive la amplitud visual que lo caracteriza, su visión certera, su oído fino que le permitió apreciar los más leves síntomas, pero sin derivar de éstos una actitud de ataque, pues no estaba llamado a la acción destructiva sino al mero análisis de las circunstancias que atraían su atención.

Era sin duda demasiado pulcro como para que no le inspiraran aversión la revuelta melena del caudillo y el gesto histérico del militante político. Fué un maestro de juventudes, al que no sabemos si le faltó un auditorio a su medida o si este auditorio no contó con el maestro que lo impulsara a la acción, entrando él mismo en la arena del combate político, pues en su ánimo predominaban el artista sobre el sociólogo y el contemplativo sobre el hombre de acción.

Pasión dominante de su vida fué ahondar en el sentido de nuestra nacionalidad y procuró esclarecer sus ideas haciendo que incidieran en tal dirección todos los afanes de su espíritu.

Escudriñó el itinerario de nuestras actividades artísticas. Agudamente analizó la ruta de nuestras instituciones político-sociales. Para él no tuvo secretos el desarrollo de las clases sociales chilenas y el hecho histórico como síntoma de lo porvenir, contó en Melfi a su más fino observador.

Los mismos viajes que emprendiera, ya hacia otros países del continente, ya a lejanos territorios patrios, le servían para avanzar en su objetivo, ora por el contraste resultante en la comparación de distintas realidades, ora por la sutil penetración con que observaba cuanto estuviera ante sus ojos.

Así, la Argentina y el Uruguay, con sus pampas inmensas, sus vastas llanuras, sus caudillos gauchos, las ciudades desguarnecidas, azotadas por los vientos furiosos; el océano tranquilo y acogedor; el peonaje —tan dado a la errancia y con una inmensa sed de horizontes—, en fin, los seres todos en los cuales un medio geográfico

abierto y plano plasma un carácter acorde a la naturaleza que les rodea, permiten a Melfi fijar los caracteres de nuestra gente, que por lo agazapada en sí misma, por lo taciturna, por lo reconcentrada en sus cavilaciones; por su humildad, en fin, por el astuto ejercicio de sus derechos políticos, constituyen la expresión humana de un medio geográfico que como el nuestro, nos acorrala y hostiga con la inmensidad de sus cordilleras y la bravía potencia de su océano.

Las tierras australes arrancan a Melfi tal vez las más soberbias páginas que se han escrito sobre ellas. Pero el genio del artista no apagó la voz del sociólogo ni éste la de aquél, de tal manera que, aún deleitándose el espíritu con la maravillosa descripción de los parajes magallánicos, el lector siente que en su conciencia se va clavando sutilmente el doloroso aguijón de una realidad que descubre nuestras debilidades y las llagas que corroen y destruyen los más sanos ímpetus de superación nacional.

Y de nuevo aquí el contraste. Mientras el extranjero trabaja, pena, lucha, se esfuerza, triunfa y cautelosamente consolida la posición obtenida gracias a su constancia y la metódica manera de vivir, el nativo despilfarra miserablemente el fruto de todos sus sacrificios, enriqueciendo a prostitutas y a cuanto individuo medra a costa de su imprevisión. Nuevamente empobrecido, lía sus bártulos y se va, territorio adentro, hasta el día en que las fuerzas lo abandonan o la puñalada traicionera lo tumba en cualquier recodo de su destino.

Para Domingo Melfi, los males de nuestro país tienen sus raíces en lo más profundo de nuestro ser moral. En su concepto, los hombres han perdido cuanto residuo quedaba de nuestras más altas virtudes. El avance de nuestra historia nos indica, cada vez con mayor claridad, que vamos perdiendo ostensiblemente todas nuestras virtudes en tanto que adquirimos con pasmosa facilidad los peores vicios y las costumbres más nocivas a nuestra salud moral.

La descomposición empezó en el más alto estrato social: la aris-

tocracia. Esta clase formada en sus comienzos por hombres integérrimos y sobresalientes por su espíritu de trabajo, parquedad y sacrificio, derivó en un grupo de individuos ajenos a tales virtudes, blandos, amantes de los placeres físicos, alejados por completo de cuanto pudiera significar austeridad, esfuerzo, espíritu de empresa. En no poca medida el auge de la minería y de las especulaciones bursátiles, las fortunas que estrepitosamente se levantaban o caían, el afán de obtener dinero fácil, la avidez de goces, el desenfreno, la lujuria, la despreocupación, habían terminado por barrer todos los obstáculos que el buen sentido, la decencia y la cordura dejaron escrito en las páginas del vivir honesto. De tal descalabro no se salvó ni siquiera la clase media, que estaba llamada, más que ninguna otra, a sustentar firmemente conceptos sanos y a vivirlos en el seno de sus hogares y en el ejercicio de sus funciones cívicas. Por desgracia, la clase media sólo tuvo energías para aferrarse a las consabidas situaciones burocráticas o para hacerse un lugar en las profesiones liberales que no siempre significan de veras un progreso en el desarrollo de los pueblos.

Estos aspectos fueron ya observados por Melfi en sus primeros libros. Así, en *Sin Brújula*, hace que la solución de ellos descansa en la cultura que, expandiéndose en todas las esferas sociales, amplíe las perspectivas espirituales y ponga freno a la irresponsabilidad e inmoralidad que nos agobian. Pero ¿no es tal vez una solución un poco idealista? ¿No hay una aguda contradicción entre el problema mismo, los términos en que ha sido planteado y la solución propuesta?

A primera vista se observa que padecemos una crisis moral y que ella afecta igualmente a la clase alta, a la clase media y al populacho. Aquéllos —aún contando con los medios que les permitan usufructuar de la cultura— han sido víctimas de la molicie y el desenfreno; éstos —aún cuando gracias a la cultura pudieron elevarse a situaciones económicas de orden superior— no han sido constreñidos por ese freno poderoso de las fuerzas morales—, dique se-

guro contra cualquier desborde. Los otros —el populacho—, una vez en posesión de la cultura, buscarán salir de donde se encuentran para escalar posiciones que los lleven ya a la clase media o bien a la clase alta, víctimas, como ya vimos, de la miseria moral. En consecuencia, a lo que parece, no hay avance posible por ese camino o éste sólo se realizará a medias o es posible que deban intervenir otros factores. ¿Cuáles son ellos? ¿Dónde buscarlos? En su oportunidad veremos cómo Melfi supo contestar estas preguntas.

En 1935 apareció un librito que no llegaba a las ochenta páginas y que era la versión algo ampliada de una conferencia que el autor dictara en la Universidad de Concepción. No fué saludado con grandes aclamaciones y casi diríamos que pasó inadvertido para el grueso público y aún para los estudiosos de aquel tiempo.

Indecisión y desengaño de la juventud. He ahí el título de la obra. "Progreso de las generaciones jóvenes de Chile", rezaba en seguida. Su autor era Domingo Melfi.

Me parece que sólo en contadas oportunidades se ha hecho entre nosotros una obra tan esclarecedora, certera y honrada, de toda una etapa de la vida nacional. Coincidieron en estas páginas, los más felices momentos del artista y las más sagaces reflexiones del sociólogo y en la obra total de Melfi, este libro marca el comienzo de una esplendorosa madurez.

Si en las obras anteriores, la pasión y el fervor comunicaron densidad a sus páginas, aquí el estilo va adquiriendo esa finura, esa liviandad, con belleza de encaje veneciano, que son tan de admirar en Melfi. Diríase que merced a una secreta alquimia, consiguió que el idioma entregara para uso exclusivo del escritor, los vocablos más etéreos, las palabras de más sutil contenido, los conceptos más finos y mezclando a ellos una sagaz penetración de los acontecimientos y una capacidad de observación y síntesis poco comunes, dió como consecuencia páginas bellas en su forma y esplendorosas en su contenido.

El año 1935 vió desfilar por su días a una generación escéptica e indecisa. Escéptica, porque dañados los valores materiales, morales y espirituales que constituyen la red sanguínea de un país, no se divisaban los factores humanos capaces de originar una nueva fe y una nueva esperanza de mejores días.

Desde el fondo de una terrible crisis que abarcaba todos los horizontes, se pretendía trepar a una cima que hiciera posible vislumbrar alguna solución a los crueles y amargos problemas que nos aquejaban. Pero era necesario ante todo fe, confianza y alguien capaz de hacerse depositario de tan altos sentimientos.

Por desgracia, todos los que pudieron levantarse como guías, habían fracasado en los momentos de prueba y aquellos que todavía contaban a favor suyo con la integridad de su conducta, no sustentaban ideales que satisficieran los anhelos de la juventud.

Indecisa, porque si bien deseaba hacer algo, no sabía qué camino seguir.

En pocas ocasiones hubo un clima más expectante, más cuajado de presagios, más denso en posibilidades que en los años que van del 30 al 38. El mundo aparecía cruzado de doctrinas y cual más cual menos, parecían calzar mejor en nuestra realidad y en los anhelos de esta joven generación.

Así pues, ella partía con dos factores negativos. A la acción decisiva, oponía la indecisión, la vacilante espera de una coyuntura propicia, la espera de un estímulo que la arrojara al medio del combate. A la fe y claridad de los objetivos por los cuales luchar, oponía el desengaño y en lugar de "se hará", decía, encogiéndose de hombros: "quién sabe".

Corroída de vacilaciones, escéptica, dudando de todo, no aparecía ciertamente preparada para altos destinos ni para hacer historia.

Pero si examinamos la conducta de las generaciones anteriores, encontraremos que ellas también actuaron en medio de vacilaciones y tanteos. Hay sin duda alguna un imperativo que obliga a éstas

a levantarse cuando todas las posibilidades parecen estar agotadas y todo conduce al descalabro definitivo.

Así, la generación de 1810 tenía como tarea inmediata de acción, liberar al país de la autoridad española, luchando por nuestra independencia y consecuentemente por darnos nuevas normas de vida ciudadana. Cumplido su cometido, las nuevas obligaciones históricas imponían también nuevos caracteres y otras personalidades fueron elevadas a los puestos de mando. El genio de Portales, tan ajeno a las luchas de nuestra independencia, tan a espaldas de cuanto significara improvisación y rápida aunque desordenada acción, estaba hecha a la medida para organizar el país, dotándolos de las herramientas apropiadas y de los planes severos que se complementaron eficazmente, dándole a Chile organización, orden, claridad, dureza y flexibilidad, que tanto lo favorecieron en los acontecimientos que más tarde se desarrollaron.

La generación del 42 se levanta en un momento en que es preciso encontrar una ruta salvadora por donde encauzar todas las energías que pugnaban por dirigir sus posibilidades de acción a empresas constructivas, para ver modo así de orientar nuestro crecimiento de país joven hacia etapas de superación democrática, que soltaran un poco el ceñido cinturón que apretara en torno a la república el genio de Portales.

Era necesario afianzar nuestra nacionalidad, pero junto con eso, el país necesitaba de mayores libertades y, por cierto, esto se reflejó en la interesante guerra de guerrillas que sostuvieron los clasicistas, por un lado, y los románticos, por el otro, a favor unos de la disciplina rígida y otros de la desordenada y sin traba expresión de sus ideas liberales. Es una generación que instintivamente busca bajar la presión de la atmósfera política, avanzando hacia el pueblo, en un gesto lleno de romanticismo y generosidad.

La generación del 91, amamantada a los pechos de conceptos tales como Libertad, Igualdad y Fraternidad y de un idealismo no siempre constructivo, cayó en la trampa y fué a los campos de

batalla a enterrar el puñal, no en el corazón del enemigo, sino en sus propias entrañas, en una especie de suicidio byroniano, inexplicable en muchos aspectos pero muy en concordancia con quienes sustentaban conceptos vagos, no siempre bien digeridos y por lo mismo estando a merced de aquellos audaces que supieron envolverse en ellos, para tomar la apariencia de sus defensores y legítimos herederos.

De este modo, cualquier intento honesto de reivindicar conceptos de elevado valor moral, cayó en el vacío y sólo permitió sembrar la desconfianza y la duda hacia quienes los sustentaron. Se hablaba de patriotismo para esconder la mano que recibía el dinero de la traición a la patria. Se hablaba de honestidad, para ocultar bajo el manto de la hipocresía, el robo y la desvergüenza. Se hablaba de moralidad, para cubrir el predominio de los bajos apetitos y del abuso de las malas costumbres.

La generación política del novecientos no hizo más que usufructuar de ese desenfreno, dándole patente de legalidad y exacerbando al máximo los vicios más nefastos que cada día se apoderaban de la voluntad y la conciencia del país.

Es cierto que se levantaron voces aisladas, pero ellas se vieron apagadas como el huido sonido de una garganta en medio de la inconsciente alegría del Carnaval. Pero aquellos cuyos nacimiento coincide con la entrada del siglo y que según éste avanzaba, fueron tomando conciencia de la marcha que llevaban los acontecimientos, sintieron despertar en sus espíritus otras inquietudes, nuevos anhelos, distintas aspiraciones.

Si la generación del novecientos buscó acercarse al campesino a través de una observación literaria quizás si bastante alejada de la realidad, la del año veinte busca al pueblo no en las páginas de los libros, sino en la manifestación política, en el mitin callejero y en el desorden social.

Pero siempre seguimos actuando bajo la bandera romántica de un vago idealismo el cual, por desgracia, ampara tanto al con-

vencido como al oportunista; tanto al adepto sincero y fervoroso, como al aprovechador que se adorna con el penacho de la justicia social.

Y por eso, cuando llega el instante de prueba, cuando es necesario no sólo luchar en la barricada sino también hacer realidad un programa libertario, flaquean las voluntades, se adelgaza la energía y las palabras estridentes de condenación o de esperanza, mueren barridas por el viento otoñal del oportunismo y la traición.

Estrepitosamente se derrumban las ilusiones y quienes imaginaron que se iniciaba una nueva era regida por generosos conceptos de comprensión hacia el pueblo y de auténtica justicia social, se encontraron de pronto con que habían sido víctimas cándidas de la demagogia y que el estado de cosas que se buscaba superar, se prolongaba con muy ligeras variaciones.

Y así aparece la que yo he llamado la generación del 32, tan bien definida por Melfi en las páginas del libro que comentamos. Generación escéptica, generación desengañada, generación desorientada, pero que no podía ser de otra manera ya que su tarea histórica les obligaba a vivir en un clima de insurgencia, de combate, de improvisaciones guerrilleras, de acción rebelde, desordenada y en una completa orfandad doctrinaria.

Refiriéndose a ella dice Melfi: "Ha faltado, pues, a esta generación el amor acendrado al estudio, a la investigación laboriosa".

Pues bien, estas cualidades se dan sobradamente en la generación siguiente que yo he denominado del 38, porque tal año marca el momento de su bautismo político. Es esta una generación de estudiosos e investigadores, de espíritus preocupados por la suerte del país. No trabaja esta generación a base de improvisaciones o de vagos idealismos, sino que se ha dedicado a mirar cara a cara la realidad, a sustentar sus opiniones en el dato verídico, plenamente confirmado. Los que investigan nuestra historia, lo ha-

cen interpretándola a la luz de una severa línea crítica, apoyada ésta en el generoso impulso de ceñirla a una actitud de verdadera comprensión social, de responsabilidad, de auténtico patriotismo.

No se han hecho para esta generación los saraos, derroches y liviandades propias de una juventud despreocupada y por el contrario, sus componentes parecen estar destinados a trabajar en las duras y fatigosas disciplinas intelectuales que aún cuando esclavizadoras, permitirán que sus espléndidos frutos indiquen al país el camino de su liberación y la meta de mejores días, superando nuestras debilidades y errores.

La del 38 es una generación que se prepara conscientemente y que se "sabe" llamada a altos destinos. Sin duda que por su seriedad, por su amor al estudio, por su concepto de la responsabilidad, por su visión clara y realista del momento histórico que vivimos, está mejor dotada que ninguna otra para servir al país y estimularlo a un mejor desenvolvimiento de sus posibilidades.

Y agreguemos a todo esto la experiencia histórica. Porque nada es inútil en el devenir de la historia y todas las experiencias, sean ellas positivas o negativas, son lecciones de las cuales podemos obtener provechosas enseñanzas, siempre que tengamos la honradez de hacerlo y que sepamos "no olvidar". Porque se necesita ser valiente, honrado y patriota para tener la entereza de no olvidar en el terreno de la historia. Es cierto que tal olvido se paga con jugosas granjerías y prebendas, pero jamás llegarán mejores días para nuestra patria, si no somos valientes y veraces y si no tenemos el coraje de gritar la verdad, sin temor a las consecuencias.

En 1937, año por muchos conceptos cargado de presagios, Melfi entrega su libro *Dos hombres: Portales y Lastarria*.

Parece que en el ánimo del autor trabajaba un empeño bien definido. Ya en *Indecisión y desengaño de la juventud*, decía: "Las

generaciones nuevas han condenado el pasado a fardo cerrado. ¿Es el pasado, aunque modesto, tan despreciable? ¿No existieron mentalidades superiores, esfuerzos heroicos, sacrificios individuales tenaces? ¿No está la tierra abonada con la sangre y las lágrimas de los que en ella batallaron por abrir sendas de luz en el obscurantismo que intentaba eternizarse, por ampliar la vida intelectual, por hacer hombres antes que esclavos de la ignorancia?"

Con estas palabras Melfi invitaba a la juventud a escudriñar el pasado pero, al mismo tiempo, quería poner ante los ojos de una nueva generación, dos claros ejemplos, dos conceptos, dos ciudadanos epónimos del pasado chileno.

Por distintos caminos, por circunstancias diversas, por anhelos disímiles, Portales y Lastarria, cada uno en su tiempo y a su medida, incidieron en su amor a la patria y en el sacrificio de sus personas en el ara sagrada de superiores intereses patrióticos.

Si Portales fué un hombre frío y en muchos conceptos actuó con el criterio de un gerente de casa comercial, no lo hizo ciertamente llevado por el interés de incrementar su hacienda personal, sino guiado por el sano propósito de poner orden, disciplina y austeridad en un medio que había desarrollado en forma desmesurada, precisamente los conceptos opuestos.

Es cierto que se habían fundido en su ideario el interés patriótico con el interés del comerciante que desea tiempo de bonanza, orden, seriedad, claridad en los negocios públicos, porque ellos son a su vez la garantía de buenos negocios particulares, de prosperidad, de auge en todo lo concerniente al aspecto económico de la vida. Todavía no estábamos atados al carro de la alta banca y los financistas no habían descubierto aún entre nosotros que mientras más revueltos y enredados estén los problemas económicos, mayores serán sus ganancias y las posibilidades de succulentos negociados.

Y sin duda alguna en este aspecto privado del asunto, la política de Portales cumplió ampliamente su cometido. Impuso or-

den, austeridad, asentó sobre bases sólidas el concepto de cumplir con los compromisos contraídos, afianzó el sentido de la responsabilidad, en una palabra, devolvió al país la confianza, tan necesaria y provechosa como augurio de tiempos de prosperidad, como nefasta es su ausencia y con ella claro indicio de posibles épocas de incertidumbre.

Su mismo ideario político —con lo escueto, paradójico y fácilmente resumible en no más de tres o cuatro puntos— no era sino la expresión del sentimiento oligárquico, en orden a volver a un estado de cosas típicamente colonial, aunque cambiando la palabra rey por el substantivo Presidente y entre paréntesis y para el coleteo de los iniciados, por el adjetivo: dictador.

En otras palabras, se hacía presente la antigua querella de tiempos de la Independencia, con el victorioso y taimado predominio de aquellos que deseaban seguir sirviendo simbólicamente al rey, pero desviando hacia sus bolsas el grueso y continuo fluir de patacones que, escapándoseles de las manos, iban a incrementar la ya por aquellos tiempos escuálida hacienda real.

Allí estaba el nudo de la cuestión y si bien es cierto que Portales en nada usufructuó de los beneficios que sus acertadas medidas de saneamiento público significaron, ellas sin duda hicieron posible en mucha medida, la satisfacción de las aspiraciones de aquel sector al cual Portales con tanta propiedad representaba.

Distinto sentido llevó la existencia de Lastarria. Se oponía a Portales en varios conceptos. Desde luego, era de origen modesto. Contrastaba con aquél, por su amor al estudio. Diferían también en su manera de entender la función del estado. En seguida, no era hombre de fiestas y diversiones sino de estudio y meditación. Si aquél tenía idea oligárquica en cuanto a la manera de gobernar, las de éste eran liberales y, por lo tanto, renovadoras. Si Portales concebía al país como un estado de cosas idéntico al de una colonia, aunque con distintas etiquetas y regida ahora a la manera de una sociedad anónima, aspiración de Lastarria era seguir ade-

lante con la detenida lucha por la independencia, haciendo que ésta no sólo significara darle una mano de pintura a la fachada del antiguo edificio, sino que, lo más importante todavía, derribarlo y levantar uno nuevo, llevando la renovación, de la forma al fondo, de lo exterior a cuanto del antiguo estado de cosas quedaba en la médula de nuestras instituciones estatales.

Con mucha sagacidad dice Melfi al respecto: "La generación de la Independencia había despedazado la esclavitud material; pero restaba la esclavitud espiritual, simbolizada en la legislación, en la letras, en los hábitos y las costumbres. Faltaba a los hombres de la generación siguiente, la independencia civil y literaria".

Para hacer posible estos aspectos de la independencia, se levantó la generación del 42 capitaneada por Lastarria.

Era Lastarria un literato al ciento por ciento y si no un ideólogo original, tenía la suficiente sagacidad como para acuñar conceptos y emulsionarlos, creando un cuerpo de doctrina bastante aceptable.

En cierto modo fué un representante de la clase media. Se había levantado por su propio esfuerzo y la cultura de que era poseedor, lo situaba entre los espíritus más preparados de su tiempo. Por desgracia, era su papel más el de un precursor que el de un realizador y tuvo en su contra el hecho de capitanear un ejército informe, blando, no porque sus miembros carecieran de coraje o de ideas, sino a causa de que estaban legalmente indefensos y los puntos de su programa todavía no eran suficientemente claros, a pesar de que había dirigentes en cuyas cabezas se asentaban principios sólidamente afirmados en la realidad. En este aspecto, dirigentes como Santiago Arcos sustentaban conceptos que superaban con mucho los de Lastarria, con el atenuante de que este último no contaba con la experiencia de primera mano que Arcos tenía a favor suyo, gracias a su permanencia en Europa en momentos de efervescencia revolucionaria.

En Francia y otros países europeos, la clase media era algo

definido y con una organización vertical que le permitía conocer a fondo los problemas de clase y por lo tanto plantear sus reivindicaciones de una manera más concreta.

Nosotros, por el contrario, recién estábamos desbrozando el camino ideológico y las claras y concretas aspiraciones económicas de clase, sólo aparecerían muchos años más tarde.

En cierto sentido, Lastarria era el tábano social que runruneaba en el oído de los oligarcas, aunque sin hundir a fondo el lancetazo de las reivindicaciones económicas, pues si en muchos aspectos sentíase postergado y sufría la humillación de ganar dolorosamente el pan de cada día, su destino histórico no iba más allá de obligarle a gritar por las reformas y de predicar con el ejemplo de una vida íntegra e insobornable, la dureza y voluntad que son necesarias mantener para luchar fructuosamente en la heroica batalla por nobles ideales.

Lastarria y Portales; tan dispares en muchos conceptos, tenían tres cosas en común: su amor a la patria, su condición de cabecillas de clase y lo infortunados que fueron en el manejo de su hacienda privada.

Pero haciendo abstracción de las diferencias que antes hemos anotado, constituyen ambos el anverso y reverso de una medalla en la que inciden un patriotismo puro y sin mácula, un espíritu íntegro y toda la capacidad moral e intelectual entregada generosamente al servicio del país, en desmedro de sus intereses personales.

Así pues, en un momento en que el país vivía con todos sus músculos en tensión, listo para la gran prueba que se avecinaba en 1938, Melfi entrega a la juventud esta obra por todos conceptos interesante.

La joven generación a la cual iba dirigida era en realidad un puñado de guijarros lanzado al porvenir. Como el atleta que con ánimo despierto, a la espera de la señal de partida, tiene su vista clavada en la meta y no en el campo que está a sus espaldas, así las

nuevas mentalidades habían soslayado en mucho el estudio del pasado. Y es que, la verdad, cuando una generación vuelve sus ojos al pasado, suele hacerlo en tono de añoranza y con el plañidero espíritu de anhelar un retorno a las antiguas formas o bien con el ánimo combativo de quien busca dar de puntapiés a los ídolos de los viejos tiempos.

Con gran amor, buscando limar las aristas discordantes y haciendo resaltar los aspectos positivos de sus caracteres, Melfi estudia estos dos hombres —Portales y Lastarria— y los entrega al conocimiento de las nuevas generaciones.

No es fácil adivinar las simpatías del autor y si ambos espíritus atraieron su atención fué, sin duda alguna, porque uno y otro complementaban al estadista epónimo, pues la dureza y rigor que son necesarios en las horas difíciles, deben atemperarse con la flexibilidad de un temperamento democrático y los excesos a que conduce el libertinaje, deben morigerarse haciendo imponer el peso de la ley y obligando a que la ciudadanía encuadre sus procedimientos dentro del orden y la mesura que tan necesarios son para que un país camine hacia su engrandecimiento. Asimismo, es preciso que el estadista posea la sensibilidad necesaria para que todos los sectores sociales trabajen armónicamente y los humildes encuentren amparo y comprensión para hacerles más llevadero su pesado destino.

Portales y Lastarria encarnaron precisamente estos ideales y aún cuando en muchos aspectos de su pensamiento deben ser modernizados, lo que interesa en ellos es la reciedumbre moral, el elevado concepto que tenían de las funciones públicas, su sentido de la responsabilidad y el respeto que sintieron por los valores del espíritu. Esto es lo que de ellos permanece a través del tiempo y el resplandeciente ejemplo que nos legaron, debe ser fervorosamente imitado por nuestra juventud.

Por desgracia, el correr del tiempo nos entregó nuevas decepciones.

Si bien es cierto que los aires de renovación trajeron algunas reformas y una manera distinta de apreciar los problemas nacionales, hubo sentimientos que no variaron, actitudes que perduraron más allá del cambio de actores y a pesar del distinto tono en los diálogos, monólogos, solos y coros, lo único que se consiguió fué transformar algo el decorado y repetir con otras palabras, la eterna oración a los viejos ídolos.

Si la aristocracia cayó víctima de su egoísmo, de su irresponsabilidad, de sus apetitos incontrolados, los nuevos sectores de la población que vinieron a reemplazarla en el plano social, no sólo padecían los mismos vicios, sino que fomentaban otros peores y lo que es más grave aún, hacían ostentación de ellos.

Si el lujo desmedido, el desenfreno, la vida licenciosa, eran taras de la aristocracia, quienes vinieron a reemplazarla pusieron todo su empeño en superar tal estado de cosas. De este modo, el avance de la clase media no fué para el país una saludable medida de higiene social, sino el signo elocuente y palpable de que el mal se había agravado transformándose en una llaga purulenta y fétida.

En el fondo no se deseaba el cambio de régimen social, sino como un medio para que —aquellos que lo preconizaban— pudieran participar en el eterno festín de los irresponsables gozadores de la vida. Pero no era ése el objetivo que se habían propuesto los espíritus sanos y la base del pueblo. Se trataba de aplicar un nuevo criterio en el trato social y de reemplazar las viejas y licenciosas formas de vida, por una conducta austera, sobria, severa en muchos aspectos.

Pero ha sido desgracia nuestra no contar con una clase media convenientemente preparada y ella no ha sabido colocarse a las alturas de su cometido, tal vez entre otras causas porque la aristocracia no supo dar un ejemplo de austeridad y responsabilidad; en seguida porque, a lo que parece, los tiempos que corren dan amparo a cuanta licencia y desenfreno se alberga en los espíritus y por último, porque esta clase media, al no apoyarse en conceptos de sana

moral, de austeras normas de conducta, de verdadera comprensión de sus altos deberes, ha seguido el mismo camino que conduce al despeñadero, si no ocurre un milagro que la haga abrir oportunamente los ojos.

Afortunadamente la gente joven parece darse cuenta de la situación y procura torcer el rumbo hacia otros horizontes, porque, como bien lo dice Melfi en *Tiempos de tormenta*: "Una juventud que sólo tiene ojos para el placer o energías sólo para el goce, pierde todos sus derechos". Y no es posible que las nuevas generaciones sobre cuyos hombros descansa el porvenir de la sociedad, se desentiendan de sus responsabilidades y deberes y aparezcan ante la historia como seres ciegos y dementes, sin grandes ideales y sin fe en su capacidad para realizar grandes cosas.

Si tal era el pensamiento de Melfi con respecto al panorama político, no era menos interesante su manera de apreciar el problema en lo que se refiere a la educación y la cultura.

A su juicio, la universidad debería asumir el carácter de rectora y guía de la vida nacional, fomentando el estudio de nuestros problemas, incitando a la juventud en el desarrollo de un criterio científico en el análisis de ellos. En seguida, deber suyo sería estimular a las mentalidades jóvenes en el camino de forjarse una personalidad que a la larga nos permitiera observar nuestra realidad con un criterio independiente y en concordancia con el medio que nos es propio. De esta manera, en vez de importar soluciones que no siempre encuadran con nuestra idiosincrasia ni con el panorama exacto que ofrece el país, nos iríamos haciendo un cuadro genuino de las posibilidades o deficiencias que éste alberga y de la orientación y estímulos necesarios para nuestro engrandecimiento.

Pero la universidad desarrolla sus actividades ceñidas a los estrechos límites que le señalan programas anticuados y atrozmente alejados de nuestra realidad, como la dama de físico exuberante que procura dar la ilusión de un talle avispa, torturándose las caderas en el rígido corsé de sofocantes varillas.

Necesitamos o que los programas se reformen, para dar cabida a un mejor y más práctico conocimiento de nuestra patria o que simplemente los maestros tengan la audacia de instar a la juventud a que rebase estos programas, guiados por un afán de perfeccionamiento y de amor a nuestro país.

No se ha buscado modelar los programas de acuerdo a la realidad que nos circunda, sino que se ha procurado más bien, encorsetar esta realidad en conceptos educacionales anticuados y perjudicialmente desorientadores. De este modo sólo se consigue preparar ciudadanos inadaptados, fríos, insensibles y poco idóneos para cumplir una humana función social.

Sobre la universidad particularmente y sobre la enseñanza en general, radica el sagrado deber de preparar al pueblo, adiestrándolo en todos los aspectos de un sano vivir, de tal manera que no sólo se busque su eficiencia técnica, sino también una sólida preparación moral, ya que estos dos aspectos, sabiamente combinados, redundarán en fecundos frutos para nuestra patria.

Hasta aquí nuestra preocupación por Melfi ha derivado preferentemente a su trabajo como sociólogo y crítico social. Ya vimos, aunque muy de pasada, su labor como gozador y creador de belleza, aunque siempre con la finalidad objetiva de levantar la piel del paisaje para llegar a la médula del carácter nacional. Tal empeño guió su pluma en *Pacífico-Atlántico* y *El hombre y la soledad de las tierras magallánicas*. A la crítica social corresponden *Dictadura y mansedumbre*, *Sin Brújula*, *Indecisión y desengaño de la juventud*, *Dos hombres* y *Tiempos de tormenta*. Sus demás obras: *El Congreso de escritores de Buenos Aires*, *Panorama de las literaturas argentina y uruguaya*, *Estudios de literatura chilena* y *El viaje literario*, entran de lleno en su labor de crítico literario.

En este aspecto su posición era muy clara.

Deseaba que la literatura hundiera profundamente sus raíces

en la realidad patria y que en ella se sustentara, expresándola en cuanto de genuino y vital le fuera propio.

Dice en *Indecisión y desengaño de la juventud*: "Si se ha censurado el afán estetizante en que han incurrido los nuevos de la literatura, debe ello servir para dar vida a una literatura que eleve al rango de una fuerza humana, en la cual pueda el hombre nuevo encontrar el fondo de sus aspiraciones, de sus inquietudes y el imperioso bregar de voluntades que forcejean para abrirse paso o para demostrar que han sido consecuentes con su propia naturaleza de hombres. Una literatura, en fin, en la que el héroe tenga el sitio que le asigna la lucha social en la competencia humana y que algunos escritores, sólo algunos, de la generación de 1900 insinuaron, adelantándose a las formas de hoy. Pesimismo, negación y enfermizo anhelo de analizarse para empequeñecer los personajes, deben a nuestro juicio ser desterrados de la literatura de estos países, agobiados por tantas influencias desmoralizadoras".

Su amor por el suelo patrio, el vehemente interés que puso por entenderlo, hicieron que propiciara un realismo objetivo, descarnado y veraz, de modo que la literatura fuera un medio para llegar al conocimiento de nuestra personalidad nacional y si, como se desprende de sus palabras, el "pesimismo, negación y enfermizo anhelo de analizarse deben ser desterrados de la literatura" de nuestro país, no desdeñaba que este análisis se aplicara en el alma colectiva.

Sin duda alguna, todas estas indicaciones fueron sabiamente aprovechadas por la generación del 38, la cual hizo suyos tales conceptos, entregando una obra que, aparte sus méritos literarios, tiene dos características fundamentales: 1.^a El sincero análisis de nuestra realidad social, y 2.^a El tono de protesta viril y esperanzado que inunda las páginas de los libros que se escribieron.

De esta manera Melfi viene a ser el ideólogo de dicha generación, el que insinúa caminos, el que indica rutas, el que señala hacia dónde los literatos debían orientarse en el cumplimiento del deber en los tiempos en que se avecinaban. El mérito de Melfi, prin-

cialmente entre los muchos que tuvo, fué haber condensado en sus obras las ideas que flotaban en el ambiente, coordinarlas, darles un sentido claro, rotundo y definitivamente nacional.

Sus obras merecen ser reeditadas porque cada una de las páginas que Melfi escribiera, es una permanente lección de verdadero patriotismo y afianza en la mente de quien las lee, el amor al suelo que lo vió nacer, a su pasado —modesto, pero lleno de grandes virtudes morales— y a su futuro, que debemos forjar a base de nuestro sacrificio y del concienzudo estudio de sus posibilidades.

Libros como *Indecisión y desengaño de la juventud* y *Dos hombres*, deben ser leídos con fervor, henchida el alma de agradecimiento hacia quien, como Domingo Melfi, sacrificó las tranquilas horas de su existencia a tareas tan ingratas como las de analizar nuestras dolencias morales, insinuando valientemente el camino a seguir, condenando lo reprochable y estimulando a la juventud a luchar por ideales nobles y elevados afanes.

También son dignas de editarse las obras que Melfi dejara inéditas y en ellas encontraremos, sin duda, valiosas lecciones de nuestro pasado literario y más de alguna luminosa reflexión que nos aclare en mucho el sentido de los días que nos traerá el porvenir.